

LIBROS / Perfil



Los bosnios nace en el barrio serbio de Modrica, un insuperable agujero negro de la barbarie balcánica de principios de los noventa. Foto: AFP

Un combatiente para la memoria

A Velibor Colic la guerra de Bosnia le vino a buscar a casa. Las anotaciones que escribió a escondidas acabaron siendo un libro, *Los bosnios*. Un perturbador retrato de aquella barbarie

Por Andrea Rizzi

COMO TANTOS OTROS en la Yugoslavia que se resquebrajaba, Velibor Colic no quería hacer la guerra pero, cuenta, esta vino a buscarle a su casa. El infame conflicto de Bosnia —pugna sin frentes claros, combatida pueblo a pueblo, plagada de abominables violencias contra los civiles— tocó a su puerta en la pequeña ciudad de Modrica en la primavera de 1992. El deshielo primaveral, como magistralmente relata Ismail Kadare en *Tres cantos fúnebres por Kosovo*, es ancestralmente el tiempo de la violencia en los Balcanes. El de 1992 fue sin duda uno de los peores en la turbulenta historia de la región. Colic tomó las armas. Unos fusiles para combatir contra los enemigos serbios. Y un pequeño cuaderno negro, “para protestar; para luchar contra el olvido; para dar dignidad a las víctimas”.

“Escribía a escondidas”, relata Colic, en conversación telefónica desde Francia. “Durante una guerra, el gesto de la escritura tiene algo de subversivo. Creí que no iba a salir con vida de aquello y desde luego no imaginaba que esas pequeñas notas acaba-

rían siendo un libro. Ante los horrores de cada día, simplemente pensaba: si no anoto yo, ¿quién lo va a hacer? Los números se olvidan pronto. En las noticias se habla de tantos muertos aquí, otros tantos allá... Pensé que si al menos podía apuntar nombres y apellidos, sería más difícil olvidar”, afirma.

Y, en efecto, las terribles historias relatadas en *Los bosnios* componen un imborrable grabado de la barbarie balcánica de principios de los noventa. El texto es un mosaico construido con breves y precisas pinceladas. Una galería de retratos de víctimas, verdugos, pequeños héroes anónimos, ciudadanos martirizados y prisiones que a veces tienen el sabor de poéticos epitafios y que parece de alguna manera una suerte de *Antología de Spoon River*, la obra maestra del poeta estadounidense Edgar Lee Masters, brotada en los Balcanes Occidentales.

Los bosnios nace en una mezcladora de cemento en el barrio serbio de Modrica, un insuperable agujero negro de la barbarie humana. “El impulso inicial a anotar lo que veía me lo dio el terrible asesinato de una niña en mayo de 1992”, dice Colic. Es el décimo fragmento del libro. Reza así: “Ante una de las escasas casas musulmanas del barrio serbio de Modrica descubrieron, en

una mezcladora de cemento, el cadáver machacado de una niña de nueve años, desnuda. Desde el principio de la guerra no había electricidad en Modrica, por tanto debían de haber hecho girar la mezcladora a mano”.

La localidad bosnia de Modrica se encuentra muy cerca de Serbia, en un territo-

“Lo poco que tengo, lo que amo, está en Francia. Ya no tengo familia en Bosnia. Fuimos víctimas de esa limpieza étnica”

rio que en el proyecto de las fuerzas serbo-bosnias tenía que ser parte de una Gran Serbia étnicamente homogénea. Colic, nacido en 1964, se sumó a los combates. Su casa y sus manuscritos anteriores al conflicto fueron arrasados. En el verano de 1992 —tras haber luchado durante dos meses— quedó

preso y fue conducido al estadio de Slavonki Brod, ciudad croata, convertido en campo de detención. En *Los bosnios*, Colic relata cómo, gracias a una descomunal tormenta veraniega, logró escapar del mismo. De ahí consiguió refugiarse en Francia, donde —en 1994— convirtió en libro las notas del cuaderno negro y donde vive actualmente. “He cambiado el crepúsculo del comunismo por el fin del capitalismo”, ironiza.

Colic ya había publicado dos libros antes de que Yugoslavia se despedazara violentamente a principios de los noventa. La publicación de un tercero estaba prevista para septiembre de 1993 en Zagreb. Pero estalló la guerra. Zagreb quedó repentinamente muy lejos, y Sarajevo volvió a ser protagonista dramática de Europa como en 1914, cuando el asesinato del archiduque Francisco Fernando desencadenó la tormenta que daría pie a la Primera Guerra Mundial.

La ciudad, extraordinario crisol de culturas, es precisamente el pilar de su última novela —*Sarajevo omnibus*— publicada en Francia por Gallimard. En *Los bosnios*, Colic le dedica un hermoso fragmento, que termina con perturbador párrafo: “Supongo que ‘los de las colinas’ están por fin satisfechos: unos obuses más y la Historia de una ciudad y de un pueblo habrá sido borrada por completo. Unos obuses más y la Historia podrá comenzar con ellos...”.

Los acuerdos de Dayton (1995), patrocinados por EE UU, pararon esa carnicería y trazaron una compleja arquitectura institucional para garantizar la pacífica convivencia de serbios, croatas y bosnio-musulmanes sin desmembrar a Bosnia. Dos décadas después del conflicto, el autor manifiesta sin embargo un amargo pesimismo sobre la situación en su país. “Bosnia es un país bloqueado por ese Estado monstruo que es la República serbia de Bosnia [una de las dos entidades que —con la federación bosnio-croata— compone el Estado balcánico]. Serbia, por su parte, hace gestos conciliadores porque quiere congraciarse a la Unión Europea en tiempos de grave crisis económica. Si están mal Francia y España, imagínese ahí en los Balcanes. Pero, sobre el terreno, todo sigue muy complicado. A veces bromeando digo que es tan complicado —pero, desafortunadamente, muchísimo más pobre— como la confederación suiza”.

“El país que he conocido, de la infancia, fue salvajemente asesinado”, prosigue Colic. “Así que cuando regreso, me siento extraño. Un extranjero. Me dicen incluso que tengo un acento. Una posible definición definitiva de extranjero es tener un acento en todas partes, incluso en tu propia tierra”.

Colic ahora escribe en francés y ya ni siquiera sueña con regresar a su tierra. “Lo poco que tengo, lo que amo, está en Francia. Ya no tengo familia en Bosnia. Fuimos las víctimas de esa limpieza étnica. Yo vivo en Bretaña, mi hermano en Suecia, mi padre en Alemania, mi hermana en Sidney. Complicado para las Navidades”. ●

Los bosnios. Velibor Colic. Traducción de Laura Salas Rodríguez. Periférica. Cáceres, 2013. 128 páginas. 16 euros

Tiempo de infortunio

El uso del hombre

Aleksandar Tišma
Traducción de Luisa Fernanda Garrido
y Tihomir Pištelek
Acanalado. Barcelona, 2013
344 páginas. 25 euros

Por Francisco Solano

GRACIAS AL ACREDITADO empeño de Acanalado disponemos actualmente de cinco libros de Aleksandar Tišma (Novi Sad-Voivodina, 1924-2003); de ellos, tres pertenecen al ciclo Ramas Entrelazadas: *El libro de Blam* (el primero de la serie), *El kapo* (el último) y el que nos ocupa, *El uso del hombre* (el segundo). Los dos restantes, *Escuela de impiedad* y *Lealtad y traición*, verán la luz más adelante. Ya desde su denominación, el ciclo pro-

pone el procedimiento de Tišma para su gran proyecto narrativo: ramas entrelazadas, destinos cruzados, vidas zarandeadas bajo el régimen nazi. Con extraordinaria maestría y compasión, sin ceder al consuelo moral del maniqueísmo, el escritor ha hecho de su ciudad natal, Novi Sad, un lugar de confluencia de la degradación humana, la pérdida de sentido y la costumbre del horror.

La novela empieza, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el día en que Anna Drentvenšek, de origen alemán, compra un cuaderno para escribir un diario, cuando “ya se siente el hábito de la guerra, del ajuste de cuentas”, y se articula como una sucesión de tentativas sobre ella, profesora de alemán, y algunos de sus alumnos, inspeccionando episodios que van de la adolescencia a la madurez, con

la terrible experiencia de la guerra por medio; la estructura, en apariencia arbitraria, salta de un personaje a otro, y se diría que se resiste a dar por concluida la acción desorientada que lo constituye. De modo que, cuando creemos tener alguna certeza sobre un personaje, en páginas posteriores el cambio de foco sobre su figura muestra experiencias omitidas que trazan otro perfil, otra participación en la memoria de los hechos. No hay en toda la novela un solo punto y aparte (con excepción del texto del diario, cuyo contenido conoceremos en el tramo final); la sinuosa prosa de Tišma se desplaza y fluye irradiando conexiones tan imperceptibles, con una sombra remembranza que nos enreda en una trama asfixiante, como si el infortunio de aquel tiempo se declarara, por acumulación, incapaz de ofrecer una pausa. Los

personajes, víctimas de la historia, tienen la misma entidad que los cuerpos descritos como instrumentos, y el encadenamiento de escenas callejeras y el catálogo de muertes forman bloques sueltos, incrustados en la narración, anticipando el desenlace para no ceder a la intriga, a los baratos acordes de la literatura. Así vamos conociendo, y desconociendo a un tiempo, a Vera Kroner (las páginas dedicadas a ella, de la 135 a la 189, son estremecedoras); a Sredoje Lazuki y su pasión por los bajos fondos; a Gerhard, que morirá torturado sin saber si su silencio ha salvado a personas que no recuerda; a Milinko Boži y la paciencia que encontraba en los libros; al apático y nuboso nazi Sepp Lehnart... Hay muchos más, y a todos les alcanza la indignidad y la confusión. La obra de Aleksandar Tišma es, sin duda, imprescindible. No es habitual que se exponga con tanta precisión, hasta el aturdimiento, la escisión entre el deseo de vivir y la represión totalitaria, y que aun así se deba confiar en la condición humana. ●

12 EL PAÍS BABELIA 29.06.13